

Puerto Rico

Un plebiscito
y una vidriera rota

El plebiscito del domingo antepasado en Puerto Rico enfrentó a 1.200.000 ciudadanos (entre 2.700.000 habitantes), con tres posibilidades: ser nación independiente, dejar de ser nación o, simplemente, no optar. Triunfó la última, con una proporción aproximada al 60 por ciento de los votos. Era lo más sensato, sin duda.

Nadie podrá saber cuántos puertorriqueños preferían la independencia, pues el viejo partido nacionalista de Pedro Albizu Campos proclamó la abstención: sin recursos económicos, sin acceso a las pantallas de televisión, estimó que las reglas del juego eran inaceptables. Pero lo que hacía inevitable su derrota, es que el voto por la independencia era un gesto inútil y los electores lo sabían. 500.000 ciudadanos no votaron, tal vez porque la decisión final correspondía al Congreso de los Estados Unidos.

Albizu era un lírico; su único argumento, la dignidad. Muerto en 1964, había pasado buena parte de su vida en la cárcel; no comprendió que su Puerto Rico había dejado de existir. Se limitaba a dar testimonio: quiso, hasta el fin de sus días, ser un refinado miembro de aquella altiva sociedad hispánica que conoció el autogobierno antes que la misma España, y que ya en 1870 abolía la esclavitud.

Quien intentó, en esta ocasión, recoger su bandera, es un opaco profesor de economía, Héctor Alvarez Silva, de 40 años: obtuvo menos de 5.000 votos. Su principal enemigo fue el fantasma de Fidel Castro, obstinadamente esgrimido por J. Edgar Hoover (jefe del Federal Bureau of Investigation). Se llevó al ánimo de cada puertorriqueño la convicción de que una victoria de los partidarios de la independencia equivalía a crear "un segundo satélite comunista, a tiro de piedra de Miami". Todos los esfuerzos de Alvarez Silva tendieron a convencer al pueblo de que él no tenía nada que ver con Cuba: de ese modo consiguió hacerse derrotar. La amenaza fue entendida: en vez de llegar a la independencia, Puerto Rico iba a perder hasta su Gobierno propio.

Eliminado ese riesgo, los avezados caciques del PPD (Partido Popular Democrático) tenían que asegurarse contra la minoría que aspira a la "estatidad": esto es, a convertirse en el 51º Estado norteamericano, después de Alaska y las Hawaii. En ese caso, su campaña no fue dirigida a los corazones, sino a los bolsillos: "Usted, que no paga impuesto a la renta [como los demás ciudadanos de los Estados Unidos], ¿prefiere pagarlo? Vote contra nosotros". Obviamente, unos cientos de miles de nacionalistas moderados afluyeron al PPD, como vienen procediendo hace veinte años. Lo que tal vez no advirtieron es que también se han pronunciado por la "estatidad", sólo que diferida. Este



Muñoz Marín: Dos extorsiones.

hábil juego de amenazas y extorsiones logró el milagro de que la mayoría vote contra lo que piensa.

El plebiscito se repetirá tantas veces como sean necesarias para que Puerto Rico se incorpore a los Estados Unidos; no será, quizás, el Estadó 51º; otros pueden adelantarse. Pero esta demora es inevitable, por todo el tiempo que aún dure la carrera política de Luis Muñoz Marín, el único gobernante de América que completó cuatro periodos (Franklin D. Roosevelt y el ecuatoriano Velasco Ibarra fueron sus únicos competidores). De triunfar la "estatidad", el poder caería en manos de su viejo adversario, el industrial Luis Ferré.

El pueblo de Puerto Rico, isla descubierta por Colón en su segundo viaje, proviene de la fusión de la cultura española —la más alta de la Edad Media— con los indios arawak y los africanos transplantados por el comercio negrero. Los arawak, pueblo pacífico oriundo de la cuenca amazónica, fueron sometidos por los indios caribes, guerreros antropófagos, quienes, en su idioma, los llamaron boricuas (la isla se llama también Borinquen). La colonización española creó esa modesta y señorial manera de vivir que se vislumbra todavía en el Old San Juan, la cual conserva su encanto en medio de los rascacielos, los hoteles de lujo, garitos y prostíbulos que apareja el turismo.

El movimiento de la independencia desembocó en el Grito de Lares (23 de setiembre de 1868) y en sucesivas insurrecciones del Partido Unionista, cuyo jefe, Luis Muñoz Rivera, era un poeta vinculado al cubano José Martí. En ambas colonias españolas —como en las Filipinas, donde el nacionalismo tuvo por caudillo a José Aguinaldo—, algunos aceptaron la ayuda norteamericana, pero otros recelaban de ella. Los Estados Unidos entraron en la guerra contra España (1898), cuando la corte de Madrid estaba, de hecho, derrotada; en esa forma, la generación imperialista de Theodore Roosevelt preservaba a la siguiente de atentar contra naciones independientes. Las tres naciones fueron ocupadas durante medio siglo. Cuba, por

intrincadas razones diplomáticas, salvó nominalmente su independencia, y Filipinas la recuperó en 1946.

El segundo Roosevelt, en 1932, dilató su *new deal* (Nuevo Trato) hacia América latina: el primer paso fue retirar las fuerzas norteamericanas de varios países. A diferencia de sus antecesores, que buscaban la amistad de los dictadores y los grupos sociales privilegiados, se lanzó a la conquista de líderes reformistas, como Rómulo Betancourt (Venezuela) y Víctor Haya de la Torre (Perú). En Puerto Rico logró un éxito sensacional: el hijo de Muñoz Rivera, justamente, abandonando nebulosos ideales socialistas, aceptó cooperar. Así nació el Estado Libre Asociado, que permite a los puertorriqueños elegir sus autoridades, pero dejó la soberanía depositada en el Congreso de Washington.

Los cuatro mandatos de Muñoz Marín ilustran una afortunada experiencia económica. Aunque la isla sigue siendo la mayor base aeronaval norteamericana en el Caribe, con un 15 por ciento de la ínfima tierra laborable en poder del Pentágono, su rápido progreso, en los últimos veinte años, compensó con creces el atraso del medio siglo de ocupación, cuando Puerto Rico tenía la más alta tasa mundial de mortalidad: en 1947 era de 43,2 por 1.000 habitantes (diez años más tarde, 32,5). El ingreso anual, de 120 dólares por habitante en 1940, llegó a 950 dólares (según otros, a 1.100): ninguna otra nación de habla española alcanzó ese nivel (aunque tampoco su costo de vida). Esto es consecuencia de los subsidios recibidos y, en los últimos años, de fuertes inversiones de capital, sobre todo en la industria, favorecidas por audaces eximiciones de impuestos. La política oficial de los Estados Unidos consiste en hacer de Puerto Rico una "vidriera latinoamericana", con vistas a provocar el entusiasmo mimético del resto del continente.

La semana pasada, al tiempo que Muñoz Marín se solazaba con su enésima victoria, que le asegura un retorno triunfal a la Gobernación, después de un interregno adjudicado por él a su ayudante Roberto Sánchez Vilella, en Nueva York un agente de policía daba muerte a un puertorriqueño, Reinaldo Rodríguez, de 30 años, cuyos compatriotas, armados de botellas y ladrillos, convirtieron, durante dos noches, una zona de 10 manzanas (de la 3ª Avenida al norte de la calle 104) en pavoroso campo de batalla. El alcalde John V. Lindsay tuvo que retirar una unidad de policía que había actuado con excesivo celo.

La colonia puertorriqueña de Nueva York domina ese sector de la ciudad, donde soporta un status inferior al de los negros. Así y todo, vive mejor que en su patria. La tercera parte de la población puertorriqueña ha emigrado. En la isla, la densidad demográfica es una de las mayores del mundo, aunque hace varias décadas que Puerto Rico fue convertida en país piloto de los programas de natalidad regulada.

Los manifestantes han roto muchas vidrieras en Nueva York, y otra más —la "vidriera latinoamericana"— en Puerto Rico. ♦